

Sus hermanas del "Vietcong" en el Sur han logrado hacer todo lo contrario: adiestrar un tipo de abeja muy feroz, que no produce miel, para que odie a los seres humanos, o cuando menos para que ataque a cualquier extraño que se acerque a su aldea. Distritos enteros están protegidos por una formidable "fuerza aérea" consistente en un promedio de 200 colmenas de abejas-guerreras por aldea.*

Las dos muchachas me explicaron algunos de los misterios de su profesión: cómo, ora ayudando, ora timando a las abejas, habían multiplicado la producción de miel. Me mostraron una pequeña máquina en forma de parrilla con la cual producían 5,000 láminas diarias de "panal prefabricado" hechas con cera de abejas y parafina.

—Estas láminas les ahorran a las abejas 40 días de trabajo —dijo la sonrojada, sonriente y entusiasta señorita Ve—. Les deja libre todo ese tiempo para que lo pasen entre las flores. Se sienten mucho más contentas que las abejas que tienen que fabricar sus propios panales —Me indicó que las celdas de los panales hechos a máquina tienen una forma hexagonal y un tamaño estándar. Si fueran más grandes, los zánganos entrarían y se comerían toda la miel —Las abejas, al parecer, no se oponían a esto y seguían llenando de miel, industriosamente, las celdas construidas a máquina como si las hubieran hecho ellas mismas, pero cuando menos cubriendo cada celda con su propia cera. —Ello quiere decir que las abejas pueden salir a trabajar cada día del año. Antes, la gente aquí sólo obtenía miel de una temporada de flores, entre 20 y 25 kilogramos por cada colmena de seis panales. Ahora obtenemos cinco veces más, un promedio de 100 a 125 kilogramos por colmena al año.

Me ofrecieron un pequeño vaso de "leche de abeja" que, según me aseguraron, tenía un efecto vigorizador y era muy recomendada para las personas de edad. Tenía el aspecto y el sabor de la miel con crema y la bebí de un solo trago. Luego descubrí que me había bebido las larvas de una veintena o más de abejas, empapadas en miel. Expresé la esperanza de que sólo me hubiese tragado zánganos inútiles, pero las muchachas me aseguraron que no importaba. Ellas habían descubierto maneras de obligar a las abejas reinas a aumentar enormemente su producción de larvas. Una porción regular de la "leche de abeja" se destinaba al consumo del Presidente Ho y otros veteranos de edad avanzada.

En la aldea de Le Chau no sólo se habían eliminado los anti-

guos malos olores, sino que éstos habían sido remplazados por la fragancia de las flores y la miel que uno sentía desde lejos. Lo mismo sucedía ahora en veintenas de otras aldeas en la región. La apicultura era algo nuevo, pero en rápida expansión. La primera docena de colmenas en Le Chau habían producido 1.2 toneladas de miel en 1965, suministrando fondos suficientes para instalar otras cien colmenas en 1966. El administrador de la cooperativa local me explicó que por cada dong* que se ganaba con la miel, se ganaban otros diez gracias al aumento en la producción de frutas y vegetales como resultado de la actividad de las abejas que no dejaban flores sin fecundar.

* Véase Wilfred G. Burchett, *La guerra de Vietnam*. Ediciones ERA. 1965, pp. 206 y 207.